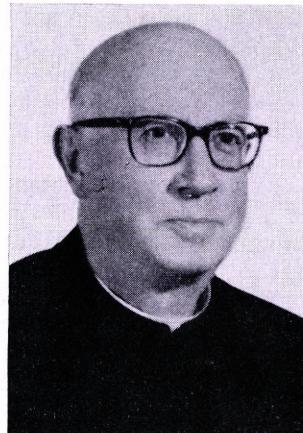


Noticia necrológica de nuestro querido hermano en Don Bosco:

PEDRO ESCURSELL MARSÀ

Fallecido en esta casa de Barcelona-Rocafort, a la edad de 85 años, el pasado 27 de febrero de 1982.



Cuando una vida se ha vivido tan intensamente como don Pedro vivió la suya, y cuando una personalidad se nos aparece tan rica en su expresión humana, cuesta resumir en pocas líneas su retrato sin deformar sus rasgos. Una sucinta lectura de su currículum vitae y el análisis de su personalidad religiosa, serán suficientes para saber *quién* fue y *cómo* era don Pedro Escursell, más allá de la anécdota curiosa o el detalle gracioso que todos conocéis.

TRAYECTORIA DE SU VIDA

Nació en Barcelona el 12 de enero de 1897. De familia acomodada y profundamente religiosa.

Hizo sus estudios medios en nuestro colegio de Mataró y los universitarios de abogacía en la propia Barcelona. Ganó oposiciones a abogado del Estado y, tras dos años de ejercicio activo de su profesión, decidió enrolarse en las filas salesianas. Era el año 1921.

En los años de formación religiosa le nace su vocación misionera. Sacerdote en 1928, acabados su estudios teológicos en la Crocetta, es enviado al Japón, donde vivió 10 años de intenso apostolado misionero:

- En 1929 estrena su sacerdocio en Miyazaki, en la iglesia pública salesiana y en su oratorio festivo.
- En 1930 y 1931 ejerce los mismos apostolados en Oita.
- En 1932 lo vemos ya en Beppu, su Beppu, del que hablará toda la vida con cariño. Allí pasará tres años como director de la obra salesiana: iglesia pública y oratorio, que él hará crecer poniendo a contribución su celo apostólico, su genio organizador y su capacidad de trabajo.
- En 1936 es nombrado director y párroco de Tokio. Un campo más ancho aun para sus iniciativas.

Los lectores de *Juventud Misionera* y del *Boletín Salesiano* de los años treinta, saben mucho de las andanzas de don Pedro Escursell por tierras del Japón, asiduo y ameno colaborador él de esas publicaciones.

En 1939 el gobierno japonés de Hiro Hito le envía a España con la misión de cumplimentar al general Franco que ha ganado la guerra. Toda España supo de él, de su voz personalísima, que a través de la radio y sobre

todo a través de innumerables conferencias por toda la geografía española, fue hablando del «Japón hoy», de «La Iglesia en el Japón» y de «Los salesianos en el Japón». Don Pedro aprovechó esta circunstancia para misionar —léase evangelizar— y para difundir la idea salesiana. Las más altas jerarquías ocupaban las primeras filas de los locales que él se preocupaba cuidadosamente de llenar.

Ya en España, éstas fueron las casas de la Inspectoría de Barcelona que le acogieron desde 1940 a 1960: Rocafort, Mataró, Zaragoza, Tibidabo, Mataró, Zaragoza, Tibidabo, Badalona y Rocafort, casa donde ha residido desde 1960 a 1982. De algunas de estas casas fue pionero (Zaragoza, Badalona); de otra, propagandista (Tibidabo) y en todas hizo patente su estilo, de características únicas, con reminiscencias japonesas, pero muy salesianas todas.

A lo largo de los años cuarenta y parte de los cincuenta, el padre Escursell, estuviese en la casa que estuviese, continuó sus charlas por las diversas regiones de España: lo organizaba todo por correo, con minuciosidad de estratega insuperable. Y lo programado se llevaba implacablemente a la práctica. Se le oyó decir una vez que acaso no había en toda la nación ciudad de más de 5.000 habitantes a la que no hubiese llevado su mensaje. ¿Deberemos parte de nuestra difusión salesiana a aquel misionero-japonés-salesiano que, con voz singular, kimono impecable y puntualidad a rajatabla, iba hablando por los caminos de España?

Desde 1960 hasta la fecha de su muerte, don Pedro ejerció su apostolado en nuestra casa de Rocafort: clases, mientras pudo; atención ministerial en nuestra concurrida iglesia y, sobre todo, limosnero de las obras salesianas y organizador de excursiones —viejo él— para personas preferentemente de la tercera edad. Toda Europa, con algún santuario mariano como meta, si era posible, fue cruzada por los autocares de don Pedro. Este año organizaba la excursión n.º 200.

ALGUNOS RASGOS DE SU PERSONALIDAD HUMANA

— Don Pedro Escursell, en sus tiempos mozos, había sido un joven elegante y simpático, en medio de la buena sociedad barcelonesa y de ello le quedaría un toque de distinción en su trato.

— Poseyó una buena cultura. Dominaba media docena de idiomas y se defendía bien en japonés. Además de sus estudios eclesiásticos y de leyes, durante los años de Filosofía, sacó la carrera de Historia.

— Como Don Bosco era un trabajador incansable. Siempre llevaba mil asuntos entre manos e, increíblemente, aún encontraba tiempo para devorar revistas y más revistas. Se levantaba tempranísimo y no paraba en todo el día.

— No era nada discutidor y nunca habló mal de nadie. Tenía el carisma de saber encajar las contrariedades. Los achaques de su vejez los supo sobrelevar sin un lamento. *«Tot va bé»* respondía al que se interesaba por su salud.

— Originalísimo en todo, poseía una manera peculiar de ver las cosas; pero siempre fue una vocación convencida. Muchas personas van a echarle de menos en nuestra casa: alto, siempre activo, extraordinariamente fiel a su horario, con sotana o con clergy, atendía a todos con exquisito trato y dirigiéndose a sus interlocutores con el familiar y respetuoso *vos*, tan catalán. Ultimamente había perdido aquella agilidad nerviosa de sus movimientos, arrastraba sin disimulo los pies, lo cual no impidió que desarrollara, en forma muy característica, un aspecto del multiforme apostolado de esta obra salesiana.

El 27 de febrero de 1982 puso fin a su largo caminar. Nunca miró atrás para ver el camino andado. Se fue sin haber escrito sus memorias. Había decidido escribirlas, pero a sus ochenta y cinco años aún las dejaba para cuando tuviese tiempo. Ha sido una lástima, pues era un salesiano con muchas cosas para contar.

Hasta aquí la trayectoria de su vida, su periplo humano.

Analicemos ahora:

SU PERSONALIDAD RELIGIOSA

Si quisiéramos descubrir en su vida las claves de su rica personalidad religiosa, pienso que tendríamos que señalar estos tres puntos: su visión de fe, su estructura religiosa y su espíritu sacerdotal.

Hombre de fe, consecuente y coherente, supo aplicar su visión cristiana de la vida a las diversas circunstancias de cada día, convencido que la Providencia de Dios guiaba siempre sus pasos.

Acontecimiento decisivo en su vida fue su llamada singular a la vida salesiana. Era un gozo oírselo contar:

Joven, terminada su carrera de abogado, admirado por cuantos le rodeaban, con un brillante porvenir, pasó un buen día por delante de la Iglesia de María Auxiliadora de Sarriá. Entró en ella, rezó a la Virgen y se sintió fuertemente llamado a la vida salesiana. Ante la sorpresa y admiración de cuantos le conocían, dejó todo —él era radical en sus decisiones— y se presentó a los superiores de la Congregación pidiendo entrar a formar parte de los hijos de Don Bosco. Fue algo que cambió para siempre el rumbo de su vida.

En la estampa-recuerdo de sus Bodas de Oro sacerdotales, dejó escrita la lista de sus diferentes vocaciones: vocación cristiana, vocación de abogado, vocación salesiana, vocación sacerdotal, de misionero, de limosnero. Eran jalones de su vida vistos siempre con espíritu de fe, como expresión de una Providencia divina, que le había acompañado a lo largo de toda su existencia.

Al final, nos hablaba en esa estampa, de su última vocación, de su última llamada, al Cielo, para vivir eternamente con Jesús, con María Auxiliadora y Don Bosco. Y terminaba con la jaculatoria: *Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío*.

Esta era la visión de fe que él tenía sobre su peregrinación por este mundo.

Este espíritu de fe lo vivió y lo llevó a las diversas circunstancias de cada día.

Edificaba oírle hablar de la eficacia de la oración en su vida misionera. A esta eficacia atribuía siempre los resultados de sus trabajos apostólicos.

En virtud de ese espíritu de fe era delicado siempre y respetuoso con los superiores y con cuantos ejercían alguna autoridad. Jamás le oímos crítica alguna. Su sensibilidad espiritual le llevaba a evitar toda palabra que pudiera ofender o molestar.

SU ESTRUCTURA RELIGIOSA

Formado por las primeras generaciones de los hijos de Don Bosco, mantuvo siempre, en las diversas circunstancias de su vida salesiana, una estructura espiritual netamente religiosa.

Consecuente con su consagración a Dios, fue fiel a los puntos fundamentales de su vida religiosa salesiana, hasta los últimos días de su vida.

La devoción al Corazón de Jesús ocupaba un lugar preferencial en su vida espiritual. El tiempo que pasó como propagandista del Templo del Tibidabo, debió acentuar en él esta nota. Era tema que trataba en la predicación con especial color, y que vivió en una línea de entrega y de confianza a los designios amorosos del Corazón de Cristo.

Cultivaba un amor entrañable a la Virgen. Estaba Ella en el inicio de su singular vocación salesiana y le acompañó a lo largo de toda su vida. En las fiestas marianas su devoción tomaba un tinte característico de fervor filial, que se manifestaba en los detalles de su vida de piedad.

Formado en la más genuina espiritualidad salesiana, vivió hasta el final la práctica de la confesión frecuente. No era hombre que se dejara llevar por costumbres contrarias

a su formación religiosa. Era edificante verlo hincarse de rodillas, a pesar de sus achaques y de la dificultad de sus piernas, delante del confesor para reconciliarse con Dios en el Sacramento de la Penitencia.

SU ESPIRITU SACERDOTAL

Don Pedro fue siempre sacerdote, fue siempre «el Padre Escursell» y jamás ocultó su condición sacerdotal.

Por eso sus excusiones tenían siempre un carácter y un clima de peregrinación.

Era curiosísimo verlo, sin tipo alguno de respeto humano, envuelto en su capa, y sentado junto a una mesita con los calendarios y la propaganda, en la calle, delante de nuestra Iglesia, el domingo precedente al sorteo de la Lotería Nacional de Navidad.

Consagrado para los divinos misterios, vivió la Eucaristía como el centro de su vida sacerdotal. Jamás perdía la celebración de la santa misa en sus viajes.

En invierno y en verano, a las siete de la mañana, subía al altar para celebrar la Eucaristía y era conmovedor verle en los últimos meses, cuando ya más que andar arrastraba sus pies, empeñado en celebrar cada día, como una necesidad de su espíritu profundamente sacerdotal. Trabajosamente llegaba hasta el final de la misa y volvía feliz a la sacristía, para emprender luego un trabajo de visitas y correspondencia que llenó sus últimos años hasta el final.

La misa era su fuerza. La Eucaristía ha sido realmente la cumbre y la fuente de su vida sacerdotal.

Y también hasta el final, fue ejemplarmente asiduo al ministerio del Sacramento de la Reconciliación. Invariablemente, a la misma hora, bajaba todas las tardes a la Iglesia para escuchar las confesiones de los fieles.

Realmente fue fiel, empeñadamente fiel hasta la muerte, a su ministerio sacerdotal.

Su presencia sacerdotal tenía momentos característicos entre nosotros. Cubierto con el bonete y revestido de sobrepelliz, debía cada año abrir la procesión del Domingo de Ramos, entre los miles de fieles que asisten cada año en el patio del Colegio a esta celebración. Su presencia era todo un rito que no podía faltar en este pórtico de la Semana Santa.

Este fue don Pedro Escursell.

Sacerdote cabal, gran salesiano, con espíritu misionero siempre, vivió las grandes devociones salesianas al Corazón de Jesús y a María Auxiliadora; amó entrañablemente a Don Bosco y la Congregación. Gran trabajador del Reino de Dios hasta el final de sus días.

Singular en sus facetas apostólicas, ha sido en su conjunto un gran hijo de Don Bosco, fiel siempre a su vocación.

Empleó sus mejores energías en las Misiones del Japón, trabajó incansablemente en la fundación de varias casas salesianas, llevó con sus conferencias el nombre salesiano por toda España, se granjó la benevolencia de numerosísimos bienhechores de la Obra Salesiana (son varios miles los que recogen sus ficheros) y ha fallecido, como Don Bosco, con el nombre de María Auxiliadora en los labios.

En los últimos momentos besaba con fe profunda el Crucifijo y la estampa de María Auxiliadora que se le acercaban a sus labios. Es quizás la síntesis de su consagración salesiana, vivida en una entrega total a Jesucristo, con el auxilio constante de María.

Que descance en paz el padre Escursell.

LUIS LOPEZ ALLO